

ria? ¡Ah, señores! Si existe entre los que me oyen alguno que se halle enredado en los lazos de los placeres sensuales, le suplico que no degrade su razón hasta el extremo de apagar sus naturales resplandores; el cielo le muestra sin cesar la ruta que conduce hasta sus puertas; no se ponga, pues, un velo para no verla.

No se me diga que hay luces en el hombre que, semejantes á los cometas, se esconden por algun tiempo, y vuelven á aparecer más tarde; no se pretenda tampoco afirmar que es compatible el despejo de la razón con los placeres sensuales; pues la experiencia y la historia de la humanidad están contestes en sostener lo contrario; y voy á aducir sus testimonios en prueba de ello.

La razón humana, hija de la razón divina, cuando sale de manos del Criador es una luz purísima que debe crecer con el tiempo, viniendo á ser un gran globo iluminador, ó una espesa columna de fuego envuelta entre nubarrones de humo. El hombre mismo ha de poner el pábulo á esta flama divina; pábulo que podrá ser de luz ó de tinieblas, según su propia obra. ¿No veis la enorme diferencia que existe entre los fuegos celestiales y los terrenos? ¿No advertís que aquéllos, como formados de las exhalaciones, brillan sin despedir humo alguno, mientras éstos no toman cuerpo sino entre el humo y las llamas? Es evidente que lo segundo tiene que suceder necesariamente, porque el fuego, antes de convertir en sustancia propia los objetos con que tropieza, expele de ellos todas las partes crasas y heterogéneas, hasta que, calcinadas todas, se conviertan en ascuas vivas; mas si á un gran horno se le aplican incesantemente nuevos combustibles, incesantemente estará despidiendo torbellinos tenebrosos de vapores fétidos, quedando siempre encubierta entre ellos la primera virtud abrasadora. Sí; confieso que es dable que las pasiones se apoderen de la razón por algun tiempo, y la envuelvan en mil yerros; fá-

cil es que después de caer el hombre en un abismo, mire al cielo, y vuelva á respirar la luz de la gracia; testigo de esto es el jóven hijo de Tagaste, esclavizado entre las cadenas de los vicios hasta la edad de treinta y tres años; testigo es la Magdalena, las Aglaes, las Margaritas de Cortona, las Marías Egipcíacas, y otras muchísimas tan desventuradas en su mocedad por las multiplicadas caídas, como felices después por su castidad y penitencia. Pero esto no es ordinario; conversiones de esta especie son prodigiosas; que unas almas se hayan revolcado largo tiempo en los lupanares de la lascivia y hayan podido elevarse después como una esbelta palma hácia el cielo, dando de sí frutos dorados de santidad y virtud, decimos con razón que es un prodigio de la gracia, y bien lo sabeis; Dios no está obligado á hacer milagros para salvarnos; porque hizo uno admirable y estupendo, y fué el de tomar nuestra carne y padecer en ella por nuestro amor; y no estando obligado á echar mano de medios extraordinarios cuando el hombre desprecia los generales que Dios planteára desde el principio, ¿qué ha de suceder al hombre? ¿Qué á nuestra razón? Claro está: oscurecerse de tal modo, que no pueda ver la luz del cielo.

No nos fascinemos, amados míos, con ilusiones vanas: el hombre pasa por diferentes fases antes de tener un desarrollo completo en su raciocinio: la infancia y puericia son la época en que paso á paso va entrando el hombre en este vasto teatro del mundo, advirtiéndole insensiblemente sus encantos y dulzuras aparentes, sin que hagan en su corazón una impresión violenta; luego entra en una nueva era, la era de la mocedad y juventud, en que el espíritu tan pronto se agita entre furiosas olas como nave sin brújula ni gobernalle, tan pronto camina en calma, tan pronto se para deleitándose como en ameno horizonte entre los engañosos halagos de la naturaleza florida que por do quiera le sonríe. Pasada esta edad se

presenta otra época en que queda ya como fijado para lo restante de su vida: la edad viril. ¡Ah! Es la edad de los grandes adelantos en el saber, de las grandes ideas, de las grandes virtudes ó de los grandes vicios; mas ¿cómo regulamos esta época tan interesante de nuestra peregrinacion? Ordinariamente el que en su juventud ha resistido constantemente á la corrupcion, se afirma más y más en la edad viril, así como el que en sus primeros años se ha dedicado constantemente á la ciencia, se encuentra á cierta época de su vida hecho un sábio con solidez. Y ¡cuidado, que la experiencia de muchos siglos ha hecho decir á los pueblos que jamás será sábio, fuerte ni prudente el que no lo es en cierto período de la vida! porque, desengañémonos, la vejez del hombre es el resultado necesario de lo que ha obrado en su mocedad y juventud. Esta edad, venerable por los años y las canas, pierde todo su prestigio cuando no está acompañada de las calidades que le son anejas; y sabido es que no puede ser experimentado en la virtud quien no la ha cultivado; sabido es, como afirma el Espíritu Santo, que no será el hombre en su ancianidad sino lo que haya sido en sus años pasados.

Si el hombre, en los días de su juventud, tiene la desgracia de abrevarse con la dorada copa de la lujuria, sin sentir despues toda la amargura de esta hiel de dragones; si despues de haber pasado el dintel de la tenebrosa catacumba de la oscuridad va internándose en los horrendos senos de la culpa, ¿creeis acaso que volverá atrás en el camino empezado? ¿Podrá encontrar antorcha que lo guie? Y si esta se le presenta, ¿la verá? ¡Ah! ¡Dolor causa el decirlo! Verá la luz que pudiera sacarlo del negro abismo, pero la apagará para que no alumbre; Dios le saldrá al encuentro mil veces, pero él apeará contra el pecho divino una batería, y le gritará desesperado: «Apártate de mí, pues no quiero poseer la ciencia de tus caminos.»

Este será el resultado para toda la vida: porque la lujuria fomenta en el hombre odio implacable contra Dios, y fácilmente lo arroja al bátratro de la infidelidad y desesperacion, abriéndole anchurosos caminos para todo crimen. Confesemos, pues, que no es la luz de la razon semejante á esos globos celestes que en sus órbitas se esconden por algunos años para aparecer más tarde; porque estos astros tienen leyes fijas que regulan su misma irregularidad; pero la luz de la razon no tiene leyes necesarias en su movimiento moral. Dios puso al hombre racional é inteligente en manos de su propio consejo; si sigue las primeras impresiones de la gracia, que obran en él sin su propia accion, por aquellos momentos brillará más y más, como lucero del firmamento; si desecha la gracia y se alista en las banderas del pecado vergonzoso, su luz natural se eclipsará, porque no es compatible el despejo de ésta con los excesos de la lujuria.

Abranse los anales; al escribir un sábio la historia de las variaciones de una secta, pronunció esta sentencia: «La historia de las variaciones es la historia del error.» Y yo me atrevo á afirmar hoy que la historia de todos los errores es la historia de la lujuria. Porque es notable la coincidencia que han tenido siempre el entendimiento erróneo y el corazon corrompido. «Apénas corrompió la carne sus caminos, dice el Crisóstomo, brotaron de esta corrupcion, como de un manantial infecto, las malicias de los hombres.» La idolatría, segun nos lo insinúa el autor del sagrado libro de la Sabiduría, no tuvo otro principio que el amor carnal, pues embrutecidos los hombres en la sensualidad, veneraron por dioses á sus mismos padres, hermanos y concubinas. ¿Y por qué he de andar divagando ahora entre las antigüedades del mundo? ¿Por qué he de apelar al testimonio de los hombres ilustres, cuando vemos casi con nuestros propios ojos los espantosos efectos de la lujuria, relativamente al

error, en nuestros nefastos días? Cuando Lactancio dijo que los filósofos paganos inventaron dioses y diosas para poder hacer libremente lo que es vergonzoso al hombre racional, compendió en dos palabras la causa de las aberraciones antiguas y modernas. Hasta hoy hemos visto cumplido lo que afirmaba San Jerónimo en su tiempo; á saber: que no había habido hereje alguno que no estuviese manchado con la lujuria. Yo sólo diré que Simon Mago no supo separarse jamás de su meretriz Helena; que los Nicolaitas se hicieron odiosos por sus abominaciones, enseñados á ellas por su degradado jefe, que no sabía vivir sino entre mil discípulas de sus errores y cómplices de sus lujurias; otro tanto hicieron los Marciones, los Maniqueos, los Montanos, los Gnósticos y todo ese enjambre de herejes que pulularon en todos los siglos. No es extraño, diré con el sábio Baronio, que los Zenones y otros hombres coronados hayan sido fautores de herejes, destructores del sacerdocio, verdugos de los hombres, y herejes ellos mismos; examinad sus obras, y vereis que primero que fueran tiranos, tuvieron toda la disolución de los Sardanápalos. Dadas estas cortas pinceladas en la historia antigua, hojead vosotros mismos los fastos del mundo moderno; mirad á esa secta de perdición que tres siglos há está ocasionando la ruina del Catolicismo; tiene su origen de príncipes adúlteros, de sacerdotes sacrílegos, que conmutaron el hábito austero por la espada, los ayunos y oración por los regalos de una concubina; no me dejarán mentir esos hombres de nuestra edad que van encaminándose poco á poco á la luz que sus padres abandonaron, pues se avergüenzan con justicia de haber tenido un origen tan nauseabundo y voluptuoso en los Luteros y Enriques; tampoco me desmentirá la historia en general, la historia de aquéllas acaloradas discusiones que existieron por muchos años entre los religiosos de la herejía, pues todos concluían como los dramas

de teatro. Sí, vergonzoso es decirlo; todas las diferencias de las sectas se concluyen en una orgía. ¡Ah! Si Dios me diese ahora dos torrentes de lágrimas, yo os anunciaría una verdad que veo realizada en toda la tierra. ¿Veis la espantosa indiferencia de los católicos en cumplir los sagrados deberes de nuestra santa Religión? ¿Veis ese error práctico difundido en todas las clases, de no acordarse el hombre del siglo XIX sino de eso que llaman lo positivo, del oro, de los intereses, de las diversiones continuas, sin pensar ni un solo momento en sí, en la eternidad, en Dios? Pues bien; la lujuria está nutriendo esta indiferencia; y si esta llaga cancerosa va arraigándose, ¡desgraciado mundo! De la indiferencia pasará á la incredulidad, á la herejía, á la detestacion de Dios, hasta que este Padre amoroso se vea obligado á comparecer en su trono de Juez.

Voy á concluir; pero ántes lloremos todos la pérdida irremediable del hombre licencioso: quizás nuestras lágrimas moverán el corazón divino para que hiera fuertemente el corazón endurecido en los placeres; quizás podremos conseguir que alguno de nuestros hermanos eche sobre sí mismo una mirada compasiva, se despeje su entendimiento oscurecido entre las abominaciones, y pueda ver la luz del cielo. No acuse el hombre al Sér divino por su reprobacion eterna, porque ésta es un efecto directo de la iniquidad personal de cada uno. «Dios, diré con el Crisóstomo, nos dió una luz vivísima, destinada á ser encendida por la gracia del Espíritu Santo: unos hacen que esta luz sea esplendente, como fueran los Santos; otros la apagan, como hiciera el incestuoso de Corinto. Por eso exclama San Pablo: «No queráis apagar el espíritu, es decir, no destruyáis la gracia divina entre las inmundicias de la carne.» Os he manifestado los desig- nios que Dios tiene sobre cada hombre; habéis visto que su gracia es una semilla que se pierde si cae en terrenos

duros y pedregosos, y da frutos múltiples cuando baja á tierra dócil; habeis visto tambien por la revelacion, por el testimonio de los sábios y por la innegable autoridad de la historia humana, que la lujuria oscurece la razon y la conduce al error y al crimen, haciendo inhábil al espíritu humano para recibir nuevas gracias. Nadie podrá negar ni la veracidad de los principios que he establecido, ni la autenticidad de los hechos que he narrado. Queda, pues, vindicada la Justicia eterna, y anunciado al lujurioso el peligro en que vive. No temo, pues, ¡oh Dios Santo! no temo ser acusado de sacrílego, si ahora mismo hago desde la Cátedra de la verdad lo que Vos hareis un dia sentado en vuestro trono de Juez. Voy á pronunciar la sentencia final del hombre; las puertas del cielo están abiertas; mas no puede poner el pié en su dintel sino el inocente y puro de corazon; esta dicha está reservada para vosotras, almas castas que habeis resistido á los halagos de la carne; porque así como habeis vencido hasta hoy con la gracia de Dios los ímpetus brutales de las pasiones, así tambien es de esperar que triunfareis hasta el fin. Abiertas se hallan no ménos las horrendas fauces del abismo, y un camino anchuroso conduce á su seno: espantosos rugidos, tormentos crueles, remordimientos eternos, fuego inestinguible, es cuanto aguarda al que ponga un pié en el borde de su entrada. Este es tu demora que has escogido, hombre lujurioso; pues así como hasta hoy has conculcado la gracia divina por seguir las máximas de la carne, así es probable que continúes hasta el último momento de tu vida desventurada. *Timidis autem et fornicatoribus... pars illorum erit in stagno ardenti igne et sulphure, quod est secunda mors.*

Pero no salgais sin consuelo de este santo lugar. ¡Ah! El cielo tambien espera á los que, arrastrados por la fuerza de las pasiones, tuvieron la desdicha de ofender á Dios y despues se convirtieron: este amantísimo Jesus

no subió al madero de la cruz sino para purificar las almas manchadas con las obscenidades antiguas, lavándolas con su sangre preciosísima. Tiempo teneis aún de purificaros en esta sagrada piscina. Venid, pues; arrojaos á estos piés ensangrentados y horadados por vuestro amor; llorad como la pecadora vuestros extravíos, y os levantareis de junto á ellos, blancos como la nieve, y con nuevos derechos á la gloriosa inmortalidad. Amen.